

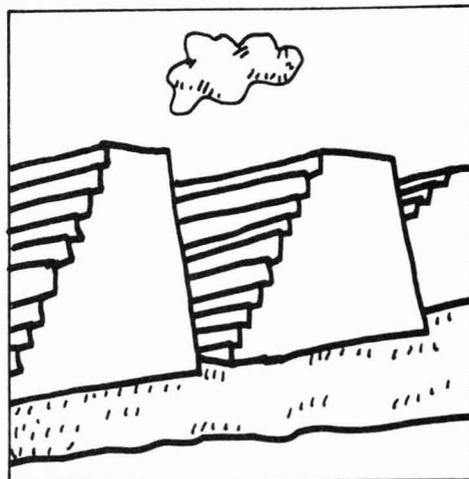
país una historia real por primera vez. Porque no tenemos esa historia. Se ha falseado esa historia, como historia escrita y como historia política y social.”

He aquí la importancia que José Revueltas concedía al movimiento estudiantil de 1968, y también la razón por la cual su participación en este, —que habría de llevarlo a la cárcel— se dio en términos de profunda comprensión y compromiso (la verdadera comprensión implica siempre un compromiso).

Como muy pocos, —porque en nuestro país, desgraciadamente, no abundan los intelectuales de su talla— Revueltas percibió, desde un principio, lo que el movimiento estudiantil significaba en la historia de México y del mundo. Así, no tardó en colocarse a la cabeza del movimiento, no como un líder (que lo fue, en más de un sentido), sino como uno de sus más importantes teóricos y pensadores.

*México 68: juventud y revolución*,\* recoge los documentos, apuntes, notas, cartas y páginas del diario que Revueltas escribió entre mayo de 1968, durante la revuelta popular en París, y mayo de 1971, casi al final de su encarcelamiento. Como Gramsci, Revueltas jamás tuvo oportunidad de organizar sus notas para desarrollar una teorización de los problemas que le importaban, pero, como en Gramsci también, sus notas guardan una coherencia interna, más allá de la ordenación, que nos permite descubrir el verdadero rostro de la historia, de esa historia por la que debemos luchar y hacer que nos pertenezca.

Es chocante la frecuencia con que oímos decir que nuestro país carece de grandes pensadores, de teóricos marxistas que entienden a la realidad cabalmente, fuera de los esquemas del dogmatismo, cuando tenemos el ejemplo claro y patente de José Revueltas. En él encontramos la esencia del verdadero político (y artista): la visión, la claridad y el proyecto. No en balde Revueltas insiste una y otra vez en que nos demos cuenta que el conocimiento sólo puede considerarse como tal cuando conlleva la impugnación y la transformación. Pero México se ha caracterizado por empeñarse en desoír a sus mejores voces (o en hacerlas callar), de manera que, un hombre que trabaja con la intención de lograr el país que desea, es algo inusitado para un medio en el que todo se reduce a dudas, apatía, falsos cuestionamientos o, en los mejores casos, a simples sueños. Ese hombre generalmente es reducido al aislamiento (en vida, Revueltas fue condenado —salvo pocas y honrosas excepciones—



por tirios y troyanos; lo mismo por el aparato represivo que por los comunistas, e incluso por sus camaradas de oficio: en septiembre de 1968, el Comité de Intelectuales, Escritores y Artistas, desconoció a José Revueltas como su representante, alegando razones de “supuestos puntos de vista reaccionarios”. Fue un acto de evidente cobardía e ignorancia. No se trata aquí de hacer acusaciones ni crear mártires —nadie tan lejano al martirologio como Revueltas, él, tan amigo de la auto-crítica— sino de señalar ese desconocimiento, esa incompreensión que ahogan a nuestras mejores inteligencias).

En *México 68...*, Revueltas demuestra una capacidad de análisis y comprensión de la realidad verdaderamente asombrosa. Si ya en sus novelas y cuentos (Revueltas fue el creador, como a él mismo le gustaba llamarlo, del “realismo crítico”) esa capacidad había quedado comprobada, en 1968 su imaginación y visión política llegaron a un nivel altísimo en su esfuerzo por comprender los hechos y su desarrollo. En 1971, antes de que el movimiento estudiantil se convirtiera en un ente vago y atomizado, Revueltas previó los cambios que el movimiento provocaría (no es exagerado afirmar que la Reforma Política y la Ley de Amnistía, por reducidos que sean sus alcances, son algunas de sus consecuencias), así como también preveía y temía su mediatización a partir de la “actitud inteligente” que asumía el gobierno.

Y sin embargo, *México 68...* no es tanto un análisis “sistemático”, como la visión, la recreación de la vida de un movimiento político, desde su gestación hasta su reflujo. Como lectores es imposible no *participar* en el libro, cuya escritura más que nada es una proposición que parece aguardar respuesta. El libro está lleno de emoti-

vidad, pero eso no desgasta ni pierde su fuerza. Como artista, Revueltas creó, en *México 68...*, una obra literaria (veáanse sobre todo las páginas 79 a la 84) que provoca en nosotros todo tipo de estados de ánimo. Pero hay que insistir: se trata también de una obra de contenidos teóricos de alto nivel, creada por un pensamiento afilado en el estudio y la militancia política, en la crítica y la convicción, en la lucha y la desesperanza (una de las obsesiones caras a Revueltas). El lector no puede menos que preguntarse por qué el movimiento estudiantil no logró realizar, poco después del 68, algunas de las más importantes aportaciones del pensamiento de Revueltas; si la autogestión académica se hubiera llevado a la práctica, una vez que cesó la agitación, tal vez la Universidad sería actualmente una cosa bien distinta.

Pero sobre todo, *México 68: juventud y revolución*, ilustra una necesidad: que el movimiento estudiantil resurja apoyado en los logros y experiencias adquiridas y no considerar al movimiento de 68 como un fracaso o un momento agotado, si de hecho, después de 68, se puede hablar de una división en la historia del país, es necesario tener presente, con Revueltas, que “somos historia, una historia que no terminará, porque otros la seguirán escribiendo.”

Rafael Vargas

\*José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*. Editorial ERA, México, 1978. 346pp.

## Barros Sierra: legalidad contra autoritarismo

De los textos surgidos directa e inmediatamente del movimiento estudiantil de 1968, el formado por el diálogo entre el doctor José Barros Sierra y Gastón García Cantú\* adquiere, en cada relectura, una dimensión mayor, no sólo porque el primero en su calidad de rector y el segundo como director de Difusión Cultural en ese año desempeñaran sus cargos con una brillantez singular en una Universidad que se reestructuraba penosamente, sino por la

calidad moral, la medida, el talento y la asombrosa precisión con que afrontaron (para explicarla después) la crisis más grave del enfrentamiento entre Universidad y gobierno desde la campaña presidencial de Vasconcelos.

El doctor Barros Sierra recibió el cargo de rector en 1966, cuando la UNAM sufría, entre otros problemas, la sobrepoblación originada con la apertura de nuevas preparatorias, unos planes de estudio anacrónicos, subsidio federal insuficiente, un "cuerpo de vigilancia" establecido por el rector Ignacio Chávez que resultó un útil grupo represor, el predominio de la corrupta Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (al servicio del PRI), una burocratización y una corrupción crecientes en los métodos de selección de alumnos, etcétera. Todo eso dentro de un Estado que no era más que la imagen fiel de (y se reflejaba en) la Universidad.

El rector Chávez había sido destituido

del cargo por los propios estudiantes, que exigían modificaciones sustanciales a la situación; Barros Sierra inició, pues, una larga serie de cambios para aliviar las demandas estudiantiles, iniciando la separación cabal de fines y medios entre Universidad y gobierno.

En la introducción del libro, García Cantú define al movimiento estudiantil como "...un rechazo de la sociedad burguesa, de sus valores efímeros... Si no era explícito lo que los jóvenes deseaban para su país, sí lo era lo que les repugnaba" (p. 16). Bajo el rectorado de Barros Sierra se orquestaron caminos para la discusión y la acción democráticas, incluso para la impugnación "...abierta y sistemática contra las autoridades universitarias, si tal es el deseo y la convicción de los jóvenes" (p. 37), según apunta el propio rector; la diferencia abismal que ya esto señalaba con respecto al gobierno federal era comprendida así por él: "La tendencia oficial

ha sido hacia un no mal disimulado dogmatismo... y justamente la Universidad, las universidades, por decirlo en general, representan esencialmente el antidogmatismo" (p.47).

La realidad de una universidad democrática en un Estado autoritario era una contradicción que estalló ante la desmedida agresión a los estudiantes preparatorios tras la pelea de pandillas en la Ciudad el 22 de julio de 1968; de pronto, el gobierno se enfrentaba a un enemigo desconocido y sorprendente, que reaccionaba a los golpes. García Cantú apunta que "...el gobierno mexicano tiene fórmulas para resolver los problemas de los campesinos, de los obreros, de los militares... (y) el clero... pero no ha sabido, en lo que va del siglo, resolver el problema de los universitarios ni cómo tratar a la Universidad" (p. 25).

La contrarrespuesta a la reacción estudiantil, en forma de universitarios encarcelados y masacrados y una Universidad tomada por el ejército repercutió lógicamente en el rector, quien se vio considerado repentinamente, por algunos miembros del gobierno y del Movimiento, como el líder natural (aunque él insistió siempre en distinguir entre la Universidad y el Consejo Nacional de Huelga y su única responsabilidad para con la primera), obligado a defender una legalidad atacada por el propio gobierno, conminado por ambos bandos para que "...la Universidad se adhiera como un apéndice al Movimiento... (o) que la Universidad repudiara al Movimiento estudiantil. La única actitud posible era atenerse fielmente, no sólo al texto y al espíritu de la Ley Orgánica del Estatuto de la Universidad, sino también a las mejores tradiciones de nuestra casa de estudios, en cuanto a la lucha por las libertades de reunión, de expresión y de pensamiento" (p. 61).

El valor de estos testimonios se apoya, es fácil verlo, en que ofrecen información obtenida en la más ardua experiencia, en que los juicios nunca pierden su justeza aunque sean apasionados. La actitud heroica de Barros Sierra (y de los otros universitarios) por defender la inteligencia contra la barbarie institucional, su posición destacada en los acontecimientos, le permitieron tener un panorama más amplio y preciso de los acontecimientos, aunque no dejó de asombrarse y sentirse ultrajado por los ataques a planteles y alumnos y la matanza final del 2 de octubre. Explica (no justifica) esos actos recordan-



do que "...la policía, en este caso por extensión se aplica a toda la gente de armas, interviene cuando la política ha fallado" (p. 157).

1968... es un libro tan indispensable para comprender a la Universidad y al Movimiento estudiantil como *La noche de Tlatelolco, El movimiento estudiantil de México* de Ramón Ramírez o *México: una democracia utópica* de Zermeño, pero el de Barros Sierra y García Cantú añade, al retrato de una de las acciones populares más vigorosas y nobles de las últimas décadas y de una generación y una Universidad que descubrieron su verdadero lugar en el país, la figura de un rector valiente, responsable y honesto, que en su individualidad fue uno de los grandes apoyos a la democratización de un Estado en rápidas vías de hundimiento en la dictadura.

**Gustavo García**

Javier Barros Sierra, 1968/*Conversaciones con Gastón García Cantú*, México, 1972, Siglo XXI, 214 pp.

## El movimiento estudiantil de México, de Ramón Ramírez

El trabajo de Ramón Ramírez tiene mérito no sólo por haber sido uno de los primeros textos que se escribieron en relación al movimiento estudiantil de 1968, sino también porque al representar una labor seria de reflexión y de recopilación de documentos e información, se ha convertido en libro de consulta obligada para toda investigación posterior. Unos datos que pueden ayudar a comprender el esfuerzo realizado por el autor son los siguientes: el libro fue redactado durante los meses comprendidos entre noviembre y diciembre de 1968 y enero y febrero de 1969; su publicación requirió de dos tomos y en el primero, además de una exposición teórica, hay una cronología que reseña los sucesos más importantes ocurridos día a día, desde el 22 de julio, cuando hubo enfrentamientos aparentemente intrascendentes entre estudiantes de la vocacionales 2 y 5 con alumnos de la preparatoria "Isaac Ochoterena", hasta el 6 de diciembre, fecha en que se declaró oficialmente disuelto el Consejo Nacional de Huelga; en el segundo tomo se reproducen

los documentos publicados en volantes, carteles y periódicos durante los días mencionados.

Con intención, de ubicar los acontecimientos del 68 en un contexto más amplio, Ramírez señala que la mayoría de los movimientos estudiantiles surgidos en países como Alemania Federal, Uruguay, Francia, Brasil y Estados Unidos, se iniciaron por la consecución de demandas estrictamente académicas. La respuesta que dieron las autoridades gubernamentales o universitarias a los planteamientos estudiantiles fue de condena, en un principio, y luego de abierta represión. La protesta escolar propició, en algunos casos, que otros sectores sociales participaran en las movilizaciones con reivindicaciones propias, logrando con ello la superación de los propósitos originales. Tal fue el caso de la Revolución de Mayo en Francia, cuyos antecedentes se encuentran en la lucha estudiantil por la transformación de anacró-

nicos planes de estudio, pero luego, ante la represión de que ésta fue objeto, sobrepasó sus propios límites y el movimiento se extendió a los sindicatos obreros, cuya participación permitió que hubiera nuevas perspectivas políticas.

Ramírez afirma que las rebeliones estudiantiles de la segunda década de los años sesenta, tuvieron ciertas características comunes que se encadenaban entre sí: a) fueron movimientos progresistas y democráticos; b) en su protesta había un repudio a la política imperialista de Estados Unidos, en especial por la guerra de Vietnam; c) algunos intentaron convertirse en la vanguardia revolucionaria al considerar que la clase trabajadora estaba sujeta a controles gubernamentales o burocráticos; d) había en ellos una heterogeneidad ideológica y una manifiesta espontaneidad; e) el malestar estudiantil fue propiciado, en parte, por la explosión demográfica en las universidades que devino en falta de empleo para los egresados de las mismas; f) la conciencia de que la sociedad capitalista enajena a los profesionistas. No obstante, cualquiera que hayan sido las causas o peticiones iniciales, estos movimientos significaron una crítica radical a las estructuras antidemocráticas del capitalismo. Y para el autor, las movilizaciones estudiantiles en México no escaparon a las anteriores generalizaciones.

Ramírez concibe el 68 como un movimiento que con sus planteamientos retomó problemas nacionales que hasta ahora no han sido resueltos por el sistema político vigente, ya que la eventual solución a los seis puntos del pliego petitorio (que en sí mismos no representaban una alteración o un peligro para el Estado), implicaba la manifestación de una costumbre democrática desconocida en el país. Sin embargo, ¿porqué no se intentó al menos la discusión de las peticiones, en lugar de recurrir a la represión absoluta como única alternativa política? La respuesta a esta interrogante requiere de una extensa explicación acerca de la realidad nacional, que para el autor se resume en las siguientes consideraciones:

1. El Poder Ejecutivo controla a los sindicatos, al partido oficial, a los partidos de oposición (PPS, PAN, PARM), a los poderes legislativos y judicial, a los gobiernos estatales, a los medios de comunicación, etc. Hay, pues, una excesiva concentración de poder que impide, aun al propio gobierno, adoptar actitudes flexibles y de diálogo, sobre todo en aquellas circunstancias

